

## La evolución, qué idea

Antonio Calvo Roy\*

SOLER, Manuel (dir.): *Evolución: la base de la biología*. Granada: Proyecto Sur; 2002; 559 págs. ISBN: 84-8254-139-0. Precio: 10 euros.

Este libro es un hito: el primero escrito en español y por españoles que trata de manera omnímoda la evolución. Las contribuciones nacionales hasta la fecha eran tan escasas (*Evolución*, de la BAC, escrito en 1974 por Crusafont, Meléndez y Aguirre, y algunas traducciones, pocas, de libros de Francisco J. Ayala) que se puede decir que hasta la publicación de *Evolución, la base de la biología* no había ni una sola aportación original española de relevancia a esta parcela del conocimiento. Tres docenas de investigadores han cooperado de manera altruista para poner en pie el primer texto de este tipo, bajo la batuta de Manuel Soler, catedrático de biología animal en la Universidad de Granada y presidente de la Sociedad Española de Etología.

La potencia de una teoría, dicen los expertos, radica en su capacidad predictiva. En 1972, Arno Penzias y Robert Wilson encontraron la radiación cósmica de fondo y comprobaron que su hallazgo era coherente con lo que en 1948 habían predicho George Gamow, Ralph Alpher y Robert Herman acerca de la Gran Explosión y la necesidad de que hubiera una huella de aquello resonando aún en el universo, una radiación de microondas con unas características particulares. Este hallazgo, en cierta medida debido a la casualidad, pero eso no viene al caso, fue un espaldarazo importante para la teoría de la Gran Explosión, porque permitía comprobar una predicción.

Cuando en 1859 Charles Darwin publicó *Sobre el origen de las especies*, comenzó una desesperada búsqueda de lo que se llamaba el eslabón perdido, el fósil mitad humano mitad mono que fuera el enlace preciso entre las dos progenies y que sirviera para confirmar la teoría de Darwin. Nunca se encontró, aunque sí han aparecido otros eslabones perdidos, como los fósiles de dinosaurios con características claras de aves. Pero no haberlo encontrado no sirve

para desacreditar la evolución, una de las teorías científicas más contrastadas de todos los tiempos.

Sin embargo, la investigación destinada a comprobar la realidad de las predicciones nunca ha sido muy habitual en nuestro país. Digamos que en la primera división, entre las aportaciones consideradas relevantes y citadas en la bibliografía, sólo figuran las obras de Francisco J. Ayala, biólogo español que llegó a Nueva York en 1961 para hacer su tesis doctoral con Theodosius Dobzhansky, «el gran genetista y evolucionista del siglo XX», y que ha desarrollado una importante carrera científica y académica. En el prólogo de *Evolución: la base de la biología*, Ayala asegura que esta obra tiene un «valor universal, que merece compartir un primer puesto con los mejores libros sobre la evolución escritos en inglés o cualquier otra lengua, tanto por su profundidad como por la claridad de su exposición».

Y es que, aunque no se trata de un libro de divulgación en sentido estricto, algunos de sus capítulos tratan los asuntos con espíritu divulgativo, y en todo él se nota un considerable esfuerzo por ser comprensible. Es más académico que popular, pero no por eso resulta abstruso. Se trata, además, del primer esfuerzo serio hecho en España para disponer de una referencia común sobre la evolución.

Para realizar el trabajo se han reunido tres docenas de expertos en distintos campos de la evolución que ofrecen una panorámica muy completa de los distintos aspectos de esta teoría. Así, los 20 primeros capítulos del libro vienen a ser un curso completo de evolución, desde las estrategias vitales hasta la genética de poblaciones, pasando por la evolución del sexo, la especiación, la coevolución y otro puñado de temas que, entre todos, forman un cuerpo doctrinal que aparece escrito originalmente por primera vez en español. Hasta ahora, todo lo que había eran traducciones.

Les siguen tres capítulos dedicados a evolución aplicada y, para terminar, un bloque de 12 capítulos con estudios tipo, trabajos de investigadores espa-

\*Periodista científico. Madrid (España). Dirección para correspondencia: acroy@inicia.es.

---

ñoles publicados en revistas de prestigio y reescritos para un público más amplio.

Como los lectores de *Panace@* saben perfectamente, adecuar al español el lenguaje de la ciencia, normalmente expresado en inglés, no siempre es fácil. Con frecuencia se acuñan términos que no son sino malas traducciones y que, sin embargo, adquieren carta de naturaleza. Esa preocupación, por cierto, es compartida por algunos investigadores, tal y como afirma Margarita Salas, quien, además de haber adquirido una enorme relevancia e influencia científica, ha sido elegida académica de la lengua. En una entrevista publicada en el 2001,<sup>1</sup> decía esta investigadora que «estamos ante un problema lingüístico muy grave porque cada uno hacemos la traducción que queremos. De una palabra en inglés, que es un idioma muy preciso, surgen 20 en español». Y ponía como ejemplo «*leaky*, que define una mutación que no es eficaz al cien por cien, es decir, que se escapa algo. Unos la traducen como ‘mutante gotera’, otros que ‘rezuma’ y otros no la traducen. Y es que no tiene traducción oficial. Otro ejemplo: hay dos secuencias en el ADN, *upstream* y *downstream*, que están hacia arriba o hacia abajo respecto a un punto. Y decimos ‘corriente arriba’ y ‘corriente abajo’ o ‘aguas arriba y aguas abajo’. A mí ninguna me gusta, la verdad». Y termina diciendo Margarita Salas: «Hay que buscar una traducción oficial más o menos correcta».

Quienes nos dedicamos a la divulgación de la ciencia sabemos que eso no es fácil. Que esa traducción «más o menos correcta» no está siempre disponible y la Real Academia no es tan ágil como debiera. También por eso este libro marca un hito, otro: ser el primer texto escrito originalmente en español sobre la materia. Su vocación didáctica puede convertirlo en un punto de referencia a la hora de fijar un lenguaje.

Y es que, con frecuencia, los propios científicos no ayudan en esta tarea de fijar unas traducciones adecuadas para términos complejos, y eso por varias razones. Además de la de impresionar a los colegas y mostrar que uno ha estado también fuera y que conoce la jerga, es importante saber con precisión qué entiende el interlocutor y, por tanto, utilizar los términos originales con frecuencia es más preciso para los científicos. Como dice el historiador de la física Norton Wise en el libro *The values of precision*<sup>2</sup> (*Las ventajas de la precisión*), «cinco ohmios viajan como cinco kilos de patatas». Lo que se puede medir

con exactitud viaja mejor que aquello que no se puede medir y, en cierto sentido, nombrar las cosas es ponerles medida, saber con precisión dónde empiezan y dónde acaban, determinarlas con exactitud. Por lo tanto, traducir un término que en inglés es muy preciso, y que cuando lo empleas sabes exactamente a qué te refieres, y sobre todo lo que entiende tu interlocutor, por otro término en español que puede ser ambiguo, es una decisión que los científicos no se atreven a tomar a la ligera.

Así pues, *Evolución, la base de la biología*, viene a unir a sus virtudes la de ayudar a fijar un léxico científico. Y todo ello, como algunos comportamientos que a los etólogos les ha costado entender, de una manera altruista. Ya se sabe que nadie se hace rico con los libros, pero en este caso los trabajos se han hecho con el objetivo de tener este cuerpo doctrinal y por la única satisfacción de tenerlo. Y la edición, compleja, ha sido posible gracias a un considerable esfuerzo tanto del editor como de la editorial.

Cuenta Manuel Soler, director de la obra, que cuando enseñaba el índice del libro en editoriales con tradición universitaria, lo aplaudían y se mostraban decididos a publicarlo, hasta que los de planificación les decían que ese libro no se iba a vender mucho por la sencilla razón de que Darwin no está en los programas. En España nos llama la atención la pugna intelectual entre los evolucionistas y los creacionistas por conseguir que se expliquen sus teorías a los alumnos de bachillerato en Estados Unidos, pero aquí no tenemos ni siquiera discusión. La asignatura de religión, u otra, llamada hecho religioso, sin duda importante, va a ser obligatoria en la enseñanza secundaria, pero Darwin no sólo falta en los programas de bachillerato, sino también en los universitarios. Como dice Soler en el prefacio, «a nivel académico, la importancia que se le da a la evolución es prácticamente nula».

Por eso el libro cumple esa tercera misión de flor en el páramo. Es el primer cuerpo doctrinal sobre evolución en español, ayudará a sentar un léxico y es una rara avis, debida a un esfuerzo conjunto, solidario y altruista. Y todo ello, por si fuera poco (lamento el tono de charlatán de feria) por un precio verdaderamente ridículo. Sus 559 páginas, 10 euros. Aunque, eso sí, no será fácil encontrarlo en las tiendas, pero eso no debería ser un problema para los lectores de una publicación electrónica. En la dirección [msoler@ugr.es](mailto:msoler@ugr.es) reciben pedidos. Se sirve a provincias y al extranjero.

## Notas

1. *El País*, 30 de diciembre del 2001.

2. Wise MN, dir. *The values of precision: Enlightenment origins*. Princeton University, 1995.

### **La excepción no ha probado jamás ninguna regla**

**Gustavo Artilles**

Traductor. Londres (Reino Unido)

Supongo que este tema es ya conocido de todos los que deberían conocerlo: el del origen de la absurda afirmación de que *la excepción confirma la regla*, pero es tal el número de personas que todavía lo desconciertan a uno citándola, que no sé.

Yo recuerdo que siempre me quedaba desconcertado al oír el dicho. Lo oía de mayores, lo dictaminaban personalidades, hasta lo veía escrito. Como joven estudiante, me devanaba los sesos tratando de hallarle la lógica y aun de forzarle alguna explicación propia, pero jamás terminaba satisfecho. Todo el mundo seguía diciéndolo y yo lo más que podía hacer, sin poder demostrar lo contrario, aunque fuera obvio, era abstenerme de repetir lo que me parecía un disparate. Eso sí, decidí que esos repetidores de frases hechas, y encima de hechas, estúpidas, como ésta, no podían ser de confiar en nada intelectual. Y fui más allá: no pude sino denegarles automáticamente la condición de amigos. De haber existido todavía el duelo, es posible que me hubiera batido por esta causa. Es que yo era entonces más fogoso.

Hasta que llegué al libro que me devolvió la dicha —no, la exaltación—, el sosiego de llegar a conocer la verdad del extraño caso de la excepción que sirve para probar. Fue el *Diccionario del diablo*, del mordaz, misógino, excéntrico pero brillante y comiquísimo periodista y escritor americano Ambrose Bierce.

En la entrada de este diccionario personal correspondiente al dicho o mal dicho que nos ocupa, aparece la explicación, que no puede ser más sencilla y breve. Su origen es la frase latina: *Exceptio probat regulam*. Es decir, que la excepción *pone a prueba* la regla. Pero los malos traductores, la estulticia y la ley del menor esfuerzo terminaron en estos dos mil años por legalizar la interpretación errónea. Es significativo lo que apareció un diario de mi país cuando comenzaba el auge de los cohetes espaciales. El titular decía «Enviarán un cohete a ‘probar’ la Luna». ¿Sería para saber si era de queso? Eso me hizo dispararle una nota al diario señalando que la tontería provenía de una traducción literal del verbo inglés *to probe*, precisamente el *probe* venido del latín con su sentido de ‘ensayar’, cercano a ‘someter a prueba, sondear’. O sea que se iba a enviar una radiosonda hacia el satélite. Es el mismo error.

No sé si el descubrimiento es de Bierce. En mi ejemplar del *Brewer’s Dictionary of phrase & fable*, aparece la entrada del dicho en inglés, aunque no en latín, y la enseñanza de cómo entenderlo rectamente. El doctor E. Cobham Brewer, inglés, publicó su diccionario por primera vez en 1870; desde entonces se reedita con regularidad. Esto indica que Bierce, como periodista, debió de conocerlo, y su libro es posterior. Pero es él quien aporta su versión original latina.

Podría creerse que más de ciento treinta años deberían bastar para poner fin de una vez por todas a repeticiones ciegas y absurdas como ésta.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).